

HISTORIA
ELEMENTAL DE MEXICO

TIRSO RAFAEL CORDOBA,

PRESBITERO.



MEXICO,
JUAN VALDES Y CUEVA, -EDITOR.

Calle de la Providencia N.º 18.

1892.

F1226
C6
1892





1080017503

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

9(72) (020)

HISTORIA ELEMENTAL

DE

MEXICO.

Ministerio de Justicia é Instrucción pública.—
Seccion 2ª—El Presidente de la República, á
quien dí cuenta con el ocurso de vd., fecha 31 de
Enero próximo pasado, de conformidad con lo
que solicita, y en atención á que ha llenado los
requisitos prevenidos en los artículos 1349 y 1350
del Código Civil, ha tenido á bien declarar que
goza vd. de la propiedad literaria de la obra que ha
escrito y publicado, intitulada: HISTORIA ELE-
MENTAL DE MEXICO, con los derechos que res-
pecto á la misma obra desea reservarse, y le con-
ceden los artículos 1269 y 1274 del referido
Código.

Dígolo á vd. para su conocimiento y satisfac-
cion.

Libertad y Constitucion. México, Febrero 3
de 1881.—Montes.—Ciudadano Lic. Tirso Ra-
fael Córdoba.—Presente.

HISTORIA ELEMENTAL DE MEXICO

FOR

TIRSO RAFAEL CORDOBA, ¹⁸³⁸

PRESBITERO.

Segunda Edicion.



MÉXICO.

JUAN VALDES Y CUEVA. EDITOR.

1ª Calle de la Providencia No 18

1892.

Capilla Alameda

Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez



800880

F1226

C6

1892

Al Sr. Lic. D. Antonio Moran.

Patricio esclarecido, magistrado incorruptible y justiciero, protector de los estudios y amigo decidido de la juventud, dedica el autor esta obra, como débil testimonio de vivo reconocimiento y de antigua y sincera amistad.

Tirso Rafael Córdoba.



038008

000100

ALGUNAS PALABRAS SOBRE EL LIBRO.



La fecunda pluma de nuestro distinguido amigo el Sr. Pbro. Lic. D. Tirso R. Córdoba, escritor tan ventajosamente conocido en el campo de las letras mexicanas enriquecidas por él en breve tiempo con notables producciones que ceden en honra suya y de la literatura patria, y le han valido merecido renombre, publica ahora un interesante libro, que no será el que ménos contribuya á afirmar la reputacion de que goza, y derramar copiosos frutos en la sociedad para la^{que} lo ha escrito.

No nos proponemos formar su juicio en estas líneas: la tarea seria superior á nuestras fuerzas; y léjos, quizas, de conseguir que resaltaran las bellezas en que abunda la obra al pálido reflejo de nuestras observaciones, sombreariamos con ellas el cuadro de luz que á la vuelta de estas páginas se presenta

á los ojos del lector. Ni aun siquiera vamos á recomendar el libro para que corra con fortuna entre los sabios y los niños, á quienes el hermoso ejemplar de método y de diccion castiza, ofrece sabroso pasto; el de los recuerdos á los primeros, y de una enseñanza exhuberante á los segundos. A tal altura se encuentra colocado el Sr. Córdoba, que sus trabajos obtienen solamente con ser suyos, la recomendacion mas eficaz.

Queremos nada mas, referir las impresiones que ha dejado en nosotros la lectura de la **Historia Elemental de México** que con tan modesto título hoy da á la estampa el apreciable autor del *Manual de literatura*, de las *Poesías* y del *Lavalle* que andan con crecida boga en los colegios, en poder de eruditos y estudiantes y en las piadosas manos del sexo que por excelencia se complace con las meditaciones religiosas; y agregar que el objeto á que nuestro D. Tirso encaminó sus últimas tareas, lo ha alcanzado felizmente, sin que lo desautorizado de la pluma que tal afirmacion escribe, disminuya un punto de la verdad que encierra.

Consiguió el autor reunir diestramente la utilidad con la dulzura, que en producciones de determinado género, entre ellas las que á la enseñanza se destinan, no se avienen con frecuencia; y desterró de las páginas del libro aquella sequedad que á incita á las inteligencias juveniles á menudo des-

viar su atencion de los estudios serios. Y no porque sean los históricos de los mas amenos, se hallan absolutamente exentos de esa circunstancia, pues narran hechos é incidentes que aunque trascendentales para los ensayos críticos y las apreciaciones filosóficas, no se estiman bajo semejante aspecto por la capacidad demasiado tierna y el juicio todavia débil de pequeños niños.

Todo lo ha revestido el Sr. Córdoba de una forma atractiva que hará el deleite de los alumnos al encomendar á la memoria las reseñas tradicionales que han de conducirlos por extenso y variado territorio, que en peregrinaciones seculares recorrieron los pobladores primitivos del suelo que habitamos, y harán que asistan al espectáculo de la fundacion y el crecimiento de pueblos y de reinos, que ora dominados y caídos, ora levantándose y cobrando superiores bríos despues de la desgracia, escribieron en sus anales, tan importantes como pintorescos, rasgos de una civilizacion que si bien afeaban en ciertos puntos manchas supersticiosas y sangrientas, presenta en otros signos de adelanto y de grandeza indisputables.

Surgirán á los ojos de los jóvenes lectores, cual si brotaran de la tierra en que ha tantos años yacen sepultados, los bravos capitanes y los reyes justicieros y entendidos que hicieron prosperar estas regiones, y asentaron y acrecieron sus dominios

sobre países que se vieron florecer acariciados por el bienestar y por la gloria, al pródigo y benéfico impulso de soberanos y caudillos que, rayos en la guerra, se mostraban padres solícitos de sus súbditos, á la sombra de la paz. Querran devorar con sus miradas los monumentos de Tula y de Texcoco, las regias mansiones de esta imperial ciudad, los verjeles que se mecían mansamente sobre las ondas de los lagos; y ha de parecerles que el valle, admiración todavía de los viajeros, resucita en su presencia semeñando un prodigio de las hadas, y tal como se descubrió por la primera vez á la vista atónita de los soldados españoles. Han de familiarizarse con la empresa de Colón que parece una leyenda mitológica, y no fué, quizás, sino el resultado de inspiración celestial: creéránse zozobrando en mares ignotos á bordo de frágil carabela; y hoy, que el niño vive en tierras por aquel génio adivinadas, sentirá que las lágrimas surcan sus mejillas, al recordar cuánto acíbar hizo la negra ingratitud que apurase el almirante. Al tocar el período de contacto definitivo entre el Viejo y el Nuevo-Mundo, se imaginarán que ponen las suyas sobre las huellas del conquistador; que con él atraviesan por en medio de los dos gigantes de perpetuas nieves, tras cuyas blancas cimas se dibujaban los horizontes de perpetua primavera; que saludan con el capitán de los reducidos tercios iberos á las suntuosas emba-

jadas de Moctezuma; que al son de las guerreras trompas cruzan el sendero mágico que por las orillas de las aguas condujo al héroe á la capital de los palacios; y que contemplan el cuadro de esplendidez, de admiración y movimiento del pueblo y de la corte mexicanos, al presentir estupefactos que el suelo hollado por la planta de los hombres del Oriente, cuyas bruñidas armaduras reverberaban á los rayos del sol, y retumbando bajo el férreo casco de los corceles, iba á experimentar una transformación completa en sus destinos.

Metamorfosis desenvuelta y realizada mas bien con la Cruz del misionero que con la espada del guerrero. Comprenderán los que paseen sus miradas sobre el libro, que tantas heridas y tanta sangre, abiertas las unas, corriendo la otra en las guerras de la conquista, solamente pudieron restañarse al influjo y con los consuelos santos y regeneradores del cristianismo. Tras el imperio gentil, que recibió el golpe supremo de los bergantines de Cortés, se destacará la Nueva-España cristiana prediciendo al México segunda vez independiente, pero ya profundamente católico, de 1821. Y al recorrer con ansiosa rapidez la obra, se leerá en sus hojas el prodigio que puso á la neófita, desfallecida y subyugada, en segurísimo regazo é invulnerable patrocinio, tendiéndole desde el Tepeyac la amorosa diestra, LA INMORTAL MADRE DE DIOS.

Nace en seguida otro interes: el de las narraciones de los tres siglos del dominio español; el de la historia de la colonia y los vireyes, nudo que ata la época que se cerró con el desastre de Guatimocztin, y la época en cuyo coronamiento fulguran las glorias de Iturbide. En la galería de los siglos 16, 17 y 18, descuellan figuras que enseñan altos ejemplos de virtud. Cubiertos con el severo traje de los magistrados españoles, parece que se sienten palpitar corazones generosos y se adivinan almas bien templadas, de hombres superiores que se entregaron con encendido celo á las labores mas árduas de la justicia y de la caridad. En los recuerdos monumentales de los trescientos años, quedó indeleblemente estampado el sello de aquel genio cuyo nombre registran con respeto los anales del mundo, y trasportó aquende los mares el varonil aliento y el hidalgo espíritu de los descendientes de Pelayo, para transmitirlo á nuestras venas.

Los heróicos sucesos de la independencia se verán, por fin, mas cercanos á nosotros, interviniendo en ellos, como actores y testigos, nuestros padres y nuestros abuelos: reproduciránse en las imaginaciones juveniles cual escenas de familia, los episodios de la insurreccion, y repetirán los niños, vivamente excitados, y á guisa de los entretenimientos de invierno que se relatan al fuego del hogar, las acciones de las Cruces y Calderon, las campañas

de Morelos, el fugaz relámpago de los arrojos de Mina, la piadosa generosidad de Bravo, y la entrada triunfal entre estrepitosos vítores, del ejército trigarante á México. Pasando de un año á otro se deslizarán por esta postrer corriente de la **Historia** del Sr. Córdoba, empujados, precipitándose hasta quedar aglomeradas en nuestra presencia sus noticias, el primer imperio, la república con sus modificaciones central y federativa, las invasiones extranjeras, la revolucion de la reforma, la alianza tripartita, la intervencion, el segundo trono y la república restablecida que subsiste hasta ahora. Desfilarán en procesion incesante nombres venerables unidos al nombre de México independiente; nombres de guerreros y publicistas que se identifican con las turbulentas épocas de nuestros trastornos; nombres de patricios convertidos en víctimas, y de verdugos encumbrados por las vicisitudes, y al recorrer estos catálogos de glorias y de injusticias, escuchando el ruido de los combates y el ¡ay! de los que han muerto en tantas luchas fratricidas, interrogará el tierno lector á su propia alma angustiada, por qué nos hemos hecho los unos á los otros tamaños males, en un país que destinaba la bendicion del cielo á ser un paraíso sobre la tierra.

Creemos que el Sr. Córdoba imprimirá con su libro honda huella en el espíritu de los niños: resultado que no se obtiene siempre, y que lo conseguí-

rá, merced á la claridad y al tono agradabilísimo con que redactó la **Historia**, y al interés perfecto con que supo enlazar las diversas partes. Al lado de esas numerosísimas y ventajosas condiciones hallarán las personas eruditas y maduras abundantes pruebas, sobre las muchas que el Sr. Córdoba tiene dadas, del discreto juicio, de la clara inteligencia y de la rica copia de datos con que ha escrito su **Historia**. Como historiador se encuentra en una actitud irreprochable de sercnicidad, desde la cual describe imparcialmente los sucesos, sin errores ni pasiones, y tales como los acreditan las fuentes mas puras. Por encima de todas estas circunstancias realza la importante empresa del autor el sentimiento de moralidad que comunica tinte general al libro, en cuyas páginas no hay ofensa que la manche, y se rinde severo culto á los delicados principios de la buena fé, de la honradez y del pudor. En aquellas hojas resalta la vivificadora influencia del catolicismo en nuestros acontecimientos; influencia marcada por los testimonios históricos que con abundancia ostenta el suelo mexicano, y por los rasgos prominentes que, á pesar de tantos contrarios embates, se conservan aún inalterables en la fisonomía de la nacion.

Puede dejarse tranquilamente el libro del Sr. Córdoba en cualesquiera manos, con seguridad de que hará buena compañía á quien lo leyere, y de que na-

cerán opimos frutos doquier caiga su valiosísima semilla. Nuestros plácemes al escritor amigo muy poco valen; pero de gran valía debe ser á sus ojos la preciada estima en que por sus desvelos y sus servicios á las letras y á la causa de la Patria y de la Religion, le tiene la sociedad.

México, Octubre de 1880.

Luis Gutierrez Otero.